

## Notas sobre poesía

Edgar Bayley

La poesía es siempre alegría, dicha de palabras, por penosa que fuese su temática o su motivación inicial. Es, como la alegría misma, el amor, el deseo, el ensueño, la experiencia de lo sobrenatural, la imaginación y la sensorialidad, una manifestación de lo aparentemente superfluo; es un acto gratuito, un porque sí, un estado de gracia. Y ni el deseo, ni el amor, ni la ensoñación, ni el verbo, ni el sentido de lo sagrado, son justificables racionalmente, verificables como formas de satisfacción de lo necesario, ni en su existencia ni en su insistencia. Todo ello, como nuestro espíritu, como nuestra respiración, como la poesía, en suma, es lo que origina y sustenta nuestras vidas, y es, además y paradójicamente, lo que hace posible, en última instancia, el acceso al dominio de lo

necesario, al reino pragmático del uso, del conocimiento y de la técnica. Sin el deseo, sin el porque sí de la alegría, sin el verbo poético, lo necesario se diluye, pierde su carácter imperativo, y ello no ocurre porque surjan requerimientos nuevos y de nivel más alto, sino porque el desamor, el desgano y el desolador, ¿para qué? se enseñorean de nuestro mundo: lo van destruyendo, y no sólo deja de satisfacerse lo necesario: hasta nuestra propia vida malogra su sentido, al extinguirse en nosotros la poesía que da fundamento y razón de ser a nuestro decurso vital. Por eso ha dicho bien Elytis: "La poesía comienza allí donde la muerte no tiene la última palabra". Por mi parte, me permito parafrasear esta expresión diciendo: La poesía existe para que la muerte no tenga la

última palabra. De aquí no habrá de inferirse que la muerte resulte una preocupación a un tema ajeno a la poesía: por el contrario, es de hecho uno de sus temas o preocupaciones principales (por lo demás, cabe recordar que hasta una exaltación de la muerte, como ocurre en Baudelaire, por ejemplo, puede devenir verbo poético, júbilo creador, en razón de la autonomía que el lenguaje del poema cobra frente a la temática que constituye el punto de partida de éste). Sin la muerte no tendría sentido el

combate que la poesía libra, con suerte varia, contra ella; no tendría sentido el difícil ejercicio de vida, de gracia y esperanza que la poesía implica, su proyección como antidestino, sin olvidar que el amor y la pérdida se complementan y se contraponen. La poesía nace de esa contradicción y su cometido es superarla una y otra vez, porque su victoria nunca es definitiva y debe ser incesantemente reiterada, trasmutando la pena en dicha de palabras (o de formas, colores o sonidos).

\* \* \*

**Ajenación y enajenación.** La actitud de la ajenación es la de no saber del otro, cosificarlo, no considerarlo. Es no saber de "uno mismo". Algo o alguien es ajeno a uno. Es decir, que nos desinteresamos por algo o por alguien, por algunos o por muchos. Y esa actitud, lejos de fortalecernos, como podríamos llegar a pensar en un momento de soberbia, nos empobrece, nos desidentifica: por aquí viene la enajenación, la enfermedad que reside en

nuestra desidentificación, nuestra dependencia, nuestra alteración. O sea: empezamos por ajearnos a nuestro sí mismo, a no saber de aquello que está muy hondo o muy arriba, dentro de nosotros, y, al mismo tiempo, ajenamos a lo que está fuera, a los objetos y los seres. No nos reconocemos, no reconocemos a lo "otro", no nos llamamos, y llamar es aquí reconocer a otro, a quien ofrecemos o pedimos ayuda; es querer ser,

**querer salir de la alteridad; es también, acaso, ser llamado por quien o por aquello que nos puede sacar de esa actitud de ajenación del otro y de cuanto nos rodea. En suma, al reconocer al otro, a lo "otro",**

**al dejar de ajenarlo, me desenajeno, dejo yo de ser otro, abandono el estado de alteridad y me ensimismo, me vuelvo yo mismo, me vuelvo quien soy, llego a ser un sí mismo.**

\* \* \*

**Decía Jung que la flor, el sí mismo, el centro de la persona, el alma, es obra, construcción, es fe. "Eso que yo llamo el sí mismo es un centro ideal, equidistante entre el yo y el inconsciente, equivaliendo, pudiera ser, a la expresión máxima y natural de una individualidad, a su cumplimiento o complementación, a su totalidad. La naturaleza aspira a**

**expresarse, agotando sus posibilidades. El hombre, igual. El sí mismo es esa posibilidad de complementación, de totalidad. Por consiguiente, es un centro ideal, una creación, un sueño de la naturaleza. Los hindúes son sabios en esta materia. El Purusha de los filósofos Sankhyas, es el sí mismo. También el Atmán puede asimilársele".**

\* \* \*

**Me parece que en el ámbito del deseo, del amor, de la búsqueda de lo que está más allá o más arriba, se encuentra una de las fuentes de la poesía. También de la vida. "El hombre es una creación del deseo, no de la necesidad", ha dicho Bachelard. La extinción del**

**deseo, del amor, implica la extinción de la poesía, cuya "función principal, según el mismo Bachelard, es la de transformarnos". El desamor es ya una forma de muerte, o, peor aún, una forma de infierno. Digamos de paso que el infierno no son los otros,**

como se ha afirmado; el infierno es convertir a los otros (y a uno mismo) en cosas, ajenarse, ajeharlos, para terminar cayendo, como se ha indicado ya, en la enajenación. De ahí entonces que la projimización, el ansia de projimización, de volverme yo prójimo de los otros y que los otros se vuelvan mis prójimos, resulte a la postre una de las constantes de la poesía (en esta constante incluyo las formas desesperadas, "malditas", que ha cobrado y cobra muchas veces, en muchos poetas, esta ansia de projimización). Ella — la projimización — es, para mí, una forma de ensimismamiento, donde el hombre, sin salirse de lo más hondo de sí mismo, sin alterarse, se vuelve más apto para el comercio con los otros y consigo mismo; los sirve desde el vamos, habilitándose primero él mismo para gustar de las cosas y los seres, para

ejercer su capacidad sensorial e intelectual, y, particularmente en el caso del poeta, para gustar, además de las cosas y los seres, de la palabra. O sea que el hombre se projimiza así él mismo (se vuelve prójimo), projimiza al mismo tiempo cuanto lo rodea (vuelve a las cosas y a los seres sus prójimos) y projimiza también lo que está por encima de él, lo que lo excede. Por eso la poesía es, en el fondo, cualquiera fuese la forma que adopte, una afirmación, a veces desesperada, del amor y del deseo. Es un buscar a cualquier precio, y por los caminos más insólitos y diversos, el amor, el deseo, la gracia, la com-pasión universal, la solidaridad con los hombres y con el "hermano sol" y cuanto él ilumina, la trascendencia y a la vez la transparencia; y buscar todo eso, seguir buscándolo, a menudo en el exilio, en el destierro, en la dimisión de toda esperanza.

\* \* \*

**Hay una revolución o renovación en la poesía contemporánea, en la imagen, que nadie podrá desoir en**

**adelante: la liberación del inconsciente, el "collage verbal", la valoración de la disposición gráfica y escritural,**

la asociación libre, la experiencia onírica, la expresión sin trabas de la actividad sensorial, las formas asintácticas . . . todo eso, y, al mismo tiempo, una nueva fonocidad que sin desatender los recursos tradicionales, pero al margen de cualquier preceptiva determinada, deriva de la experiencia originaria del poema (cumpliéndose así una de las características definitorias de la poesía de nuestro tiempo —y quizás de todos los tiempos—: el poema se forja desde dentro hacia fuera), la asociación o combinación de los vocablos en función de sus valencias poéticas —ars combinatoria—, la

administración, en fin, de la materialidad del lenguaje. Sin embargo, para que el poema alcance condición de tal (así lo dice lo ocurrido en distintos movimientos, épocas y estilos de poesía) habrá de ser necesariamente organizado, dicho desde una verdad muy honda y personal y, por ello y paradójicamente, social y comunitaria. Y esa verdad no se prescribe. Existe o no existe. Y por aquí nace —si ha de nacer— cierto vigor o energía o presencia o sí mismo, que constituye el sustento de todo poema, o sea todo aquello que le proporciona la unidad, la inherencia y la comunicatividad, propias del logos poético.

\* \* \*

La imaginación poética, la imagen poética, el poema, en fin, pueden estar tanto en unas pocas palabras, combinadas, relacionadas entre sí, en función de sus valencias poéticas respectivas, sin referencia aparente a ningún hecho, concepto, seres o cosas determinados, como en conjuntos de palabras, referidos sí a hechos, conceptos, cosas o seres determinados, pero sin

atender en ninguno de los dos casos al sentido lógico o descriptivo o expositivo en forma estricta, sino a una especie de coherencia analógica, onírica, o, por así decirlo, a un cierto clima o densidad o presencia o vigor que se adivina o intuye tras los versos; es decir, que en ambos casos se daría la búsqueda de la revelación de algo “absolutamente otro”.

\* \* \*

Una merced. Se ha pensado, se ha dicho muchas veces, que el hombre se define por la gana. la merced, la gracia, el vivir, el trasvivir, el sueño, la lucidez... O mejor: por el ganarse, el soñarse, el iluminarse. Pero hay una trabazón del ganarse con el desganarse, del vivirse con el desvivirse (uno se desvive por vivir y se desvive asimismo al vivir) y hay una trabazón también del amor con el desamor, y del sueño y la iluminación con el vacío. Se vive, digo, por la gana, las ganas; y la gana, las ganas, vienen por la gracia, por la merced que recibimos. Alguien, otro, otros — y ese otro, esos otros, pueden estar tanto fuera como dentro de nosotros mismos, o en ambos puntos a la vez —, alguien — pensamos — nos hace una merced, la merced de la gracia, del valor que nos prestamos para vivir, para dar vigencia a una posibilidad de poesía, de sueño, de tener la gana, la disposición de ver lo más lejano y lo más inmediato. Pero todo ello sólo podemos alcanzarlo en razón de nuestra capacidad de recibir una merced, o sea nuestra capacidad de merecernos. ¿Y qué es esto de merecernos? Parecería que en ese

merecernos, en esa automerced, ocurriera algo distinto de cuando alguien — yo mismo — merece o merezco una desdicha o un beneficio. Cuando eso ocurre — o a mí me parece — estoy estableciendo una relación entre lo hecho por mí y lo que ahora disfruto o sufro. Ese premio, ese beneficio, esa desdicha, me los he ganado. Hice tal cosa, pues bien ahora me corresponde ser esto que soy, recibir esto que obtengo. Porque obré de tal manera, porque seguí tal curso de acción, he venido a parar en esto que soy, en esto que he recibido. Me corresponde. Para bien o para mal, lo tengo bien merecido.

En todo esto hay una relación, una correspondencia entre lo que hice y lo que soy, entre lo que hice y he obtenido. Pero ¿cómo definir esa relación cuando se trata de merecerme, que es la única manera que tengo para animarme a vivir de cierto modo, en cierta dirección, para animarme a esperar, a creer, a actuar, a pensar y sentir de cierto modo, a tener fe, a pesar de todo, en el camino elegido por mí? O sea: ¿Cómo saber cuándo soy digno, no del premio o del desprecio o la desdicha,

sino de mí mismo? En ese caso sólo yo puedo generar mi fe, sólo yo puedo descubrir con quién o con qué he de compararme para saber si me merezco. Sólo yo puedo determinar ese yo mismo a quién me incumbe merecer o desmerecer. Sólo yo puedo legitimar mi esperanza, mi amor, mis ganas de vivir, de trasvivir, de alcanzar la lucidez y el sueño. Se trata de un

llamado, quizás; en todo caso, es un acto de coraje. Y si bien es un acto que no ha nacido de un cálculo previo, de una teoría de la decisión, viene paradójicamente a resultar a la postre todo lo contrario de una insensatez. Es un don cierto, pleno de generosidad y gentileza, una merced, en suma, que a todos nos toca ganar y desgajar en nuestra vida y nuestra muerte.

\* \* \*